

María del Carmen Vázquez Mantecón

*El bisonte de América:  
Historia, polémica y leyenda*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

216 p.

(Serie Historia General, 28)

Mapas.

ISBN 978-607-02-4755-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de noviembre de 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/bisonte/america.html>

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

#### 4. LA PERSISTENTE FAMA DE LAS CIUDADES DE ORO, EL TRÁFICO DE PIELES Y LA GUERRA

*“Verdaderos cíbolos” en tierras de los Moctezumas*

El tránsito al siglo XVIII en la Nueva España, podemos conocerlo, por ejemplo, en los importantes viajes al Septentrión que hizo el jesuita Eusebio Kino, en los que visitó varias ciudades en ruinas.<sup>1</sup> Este iba en compañía del alférez Juan Mateo Mange quien, a su vez, no sólo narraría los avatares de muchas expediciones que emprendió entre 1693 y 1721, sino que hizo, además, toda una historia de los intentos de España, desde el siglo XVI hasta principios del siglo XVIII, por conquistar la legendaria Cíbola, rica en ciudades pobladas, en metales y en piedras preciosas. Esto le dio pie para hablar de su tema favorito: los cíbolos, de los que explicó que desde las épocas de Vázquez Coronado andaban por allá en gran número, y los describió “casi como vacas, con un pelo que parecía lana de oveja”, muy bravos y difíciles de domesticar y reducir al arado.

Cuando Mange aludió a la expedición del adelantado Juan de Oñate –sucedida a fines del siglo XVI–, se refirió al entorno natural, justificando la abundante cantidad de cíbolos, por la fertilidad de dehesas, llanos, ríos y “lagunas de superabundantes pastos”. Su entusiasmo con esos animales lo llevó a exponer las creencias y los deseos de los españoles con respecto a ellos. Mange, junto con algunos otros en su tiempo, afirmaba, sin evidencias, que los cíbolos andaban por tierras de California. También, formó parte de los que creían que podían someterlos. Según él, “había experiencia” de que el ganado cíbolo del Septentrión podía, con muchos trabajos, ser reducido a “carga y arado”. Asimismo, Mange compartía lo dicho por Antonio de Solís en cuanto a que el toro mexicano era “el ver-

<sup>1</sup> Eusebio Francisco Kino, *Favores celestiales de Jesús y de María Santísima y del gloriosísimo apóstol de las Yndias, Francisco Xavier...*, firmada por Kino hacia 1708, *Las misiones de Sonora y Arizona*, v. VIII, México, Archivo General de la Nación, 1913-1922, p. 28-29.

dadero cíbolo que por grandeza tenía Moctezuma en la casa de las fieras”, a lo que agregó que había sido llevado desde Nuevo México, por no haberlo en el centro y el sur de la Nueva España.<sup>2</sup>

En este relato, cuyo objetivo era informar oficialmente de todos los descubrimientos, igualmente hubo referencias a los fantásticos sitios como La Gran Quivira, o el reino de Teguayo. Sería de Quivira de donde, según este autor, salieron “hacia 1317” los primeros mexicanos, y era en el Teguayo en que situaba a las Siete Cuevas de las que ellos habrían partido definitivamente. Por último, Mange mencionó que los cíbolos corrían incluso hasta Nueva Francia, tierras que describió como “fértiles y pingües”, donde “las naciones de indios iban vestidos y calzados”.<sup>3</sup>



Otra crónica referida a la Pimería Alta fue la del padre jesuita Luis Xavier Velarde, quien por 1716 fue sucesor de Kino en la misión de Dolores. De él cuentan que escribió dos de los capítulos del diario sobre Sonora de Juan Mateo Mange, y quizá por eso repitió varios datos que habíamos visto en los informes de éste, así como otras noticias señaladas por Eusebio Kino, aunque agregando cosas a partir de lo que le dijeron sus informantes los pimas. Su objetivo era rectificar algunos falsos supuestos y rumores. En su relato están presentes, sin embargo, el “Gran Teguayo y la Gran Quivira llenos de ganado cíbolo”; Cíbola o “las Siete Cuevas o Ciudades de donde salió la nación mexicana a fundar su imperio”; Casas Grandes y su primer Moctezuma que fue hechicero; los cíbolos en la casa de los animales en Tenochtitlan; la abundancia de cíbolos adelante del río Colorado; y, entre otras cosas, los venados que criaban las codiciadas piedras “bezales” como antídoto para la rabia. Le parecía, también, que eran falsas las teorías de los que afirmaban que los mexicanos habían salido de la Pimería, o la de los que decían que las Casas Grandes era una de las Siete Ciudades.<sup>4</sup>

<sup>2</sup> Juan Matheo Mange, *Luz de tierra incógnita en la América Septentrional y Diario de las exploraciones en Sonora* (1720), México, Archivo General de la Nación, 1926, p. 94, 110, 120, 123, 175 y 319.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 161 y 176.

<sup>4</sup> Luis Xavier Velarde, “Relaciones de la Pimería Alta” (1716-1717), en Luis González R., *Etnología y Misión en la Pimería Alta 1715-1740*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1977, p. 32, 36, 37, 53, 54, 55, 57, 60, 85 y 86.

Se decían tantas cosas sobre el Septentrión, incluso entre los mismos jesuitas, que mientras algunos creían puntualizar algunas, como las que he referido, otros, como el jesuita misionero José Agustín de Campos –que estuvo más tiempo al lado del padre Kino– pensaba que era posible descubrir por fin las Siete Cuevas o Ciudades, haciéndolo por el mar de California y navegando tres días más, después de la desembocadura del río Colorado. Así, decía Campos, se podría comprobar de una vez también si era verdad la afirmación de que había comunicación entre el mar de California y el grande del Sur y la de si la California era una isla o una península.<sup>5</sup>

*El “cíbolo” en la nomenclatura del territorio descubierto*

Muchos hispanos no se convencían aún de que la Quivira era un lugar que navegaba en su imaginario desde la expedición de Vázquez de Coronado, y una vez que aplacaron a los franceses que se querían adueñar de territorio texano, decidieron encontrarla a partir de la noticia proporcionada por varios viajeros que la colocaban al norte de la provincia de los Texas. Durante los primeros decenios del siglo XVIII las autoridades del virreinato recibieron varias peticiones para efectuar su descubrimiento. Entre ellas destaca la del franciscano fray Francisco Hidalgo, quien tomó parte en muchas expediciones que, sobre todo a partir de 1716, junto con fray Isidro Félix de Espinosa y fray Antonio Margil, los llevaron a fundar o refundar muchas misiones franciscanas en Texas.<sup>6</sup> Hidalgo conoció muy bien a las naciones indígenas de esa enorme provincia, especialmente a la de los indios assinais o texas, de los que contó, que hacían casi dos días de camino hacia el noreste para encontrar “el ganado de cíbola”, en rutas que también emprendían para hacer la guerra a sus enemigos, y exaltó la importancia que para ellos tenía la carne y las pieles de los cíbolos en sus rituales más significativos.<sup>7</sup>

<sup>5</sup> José Agustín de Campos, “La conquista del Moqui”, en Luís González Rodríguez, *Etnología y Misión en la Pimería Alta*, 1723, p. 252-253.

<sup>6</sup> *Escolástica barroca. Ilustración y preparación de la independencia (1665-1810)*, en *Teología en América Latina*, Josep-Ignasi Saranyana, director, Madrid, Iberoamericana, 2005, v. II/1, p. 88.

<sup>7</sup> Archivo del Colegio de Santa Cruz, Querétaro, fray Francisco Hidalgo, *Trabajo entre los indios Texas, 1705-1716*, 4 de noviembre de 1716.



Junto a los afanes por conquistar Cíbola y Quivira, el marqués de Casa Fuerte, virrey de la Nueva España, se vio necesitado de hacer algunas economías en los 20 presidios y en las 3 compañías volantes del norte. Fue designado el hispano Pedro de Rivera –quien había sido dos veces gobernador de Tlaxcala y una vez de Yucatán– para que inspeccionara los presidios con el fin de proponer un proyecto. Estrenando el grado de brigadier, Rivera viajó durante tres años y medio por todo el ancho y vasto norte (entre 1724 y 1728), experiencia que le permitió tres cosas: hacer un informe en 1728, lograr un ascenso a mariscal de campo, y escribir un *Diario y Derrotero* publicado en Guatemala en 1736,<sup>8</sup> con lo que aumentó notablemente el interés por esas tierras de promisión. Al relatar los aspectos más importantes de cada zona, no dejó de aludir –ciertamente no fue el único que lo hizo– a la nomenclatura de sierras, ríos y arroyos, confirmando que la formidable presencia de los cíbolos había dejado su impronta en la geografía y en sus habitantes. Rivera atravesó varias veces el importante “Arroyo del Cíbolo”, y en el Nuevo Reino de León, en la misión de San Bernardino, dijo haber encontrado muchos indios “Cíboles”, mientras mencionó, que en Coahuila habitaba, entre otras naciones indígenas, la de los llamados “Cíbulos”.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Alfredo Jiménez Núñez, *El Gran Norte de México: una frontera imperial en la Nueva España (1540-1820)*, Madrid, Tébar, 2006, p. 160.

<sup>9</sup> Pedro de Rivera, *Diario y Derrotero de la visita a los presidios de la América Septentrional española (1724-1728)*, Málaga, Editorial Algazara, 1993, p. 91, 95 y 98. Además, hay que citar a la Cañada del Cíbolo, al vado de las Cíbolos, y en el estado de Coahuila una sierra llamada del Cíbolo, nombre que asimismo tenía un distrito del río Grande. Ver Vito Alessio Robles, *Coahuila y Texas en la época colonial*, México, Porrúa, 1978, p. 20, 484-486 y Luís Weckman, *La herencia medieval de México*, México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 1994, p. 53. Por su parte, Luis Navarro García, en *Don José de Gálvez y la Comandancia General de Provincias Internas del Norte de Nueva España*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1964, p. 100, 273, 407 y 528, menciona que en la Tarahumara Alta había indios cíbolos desde fines del siglo XVII, que para 1754 estaban asentados en ambas márgenes del río Grande en Coahuila. También dice que en un mapa de Nueva Vizcaya y Culiacán de 1726 aparecía el Bolsón de Mapimí ocupado, entre otros, por los indios nombrados “síbulos”, y finalmente, que hubo un Distrito del Cíbolo y un Fuerte del Cíbolo creado en 1771.

*Animales únicos “en el mundo sabido”*

Cuando estaba por finalizar la tercera década del siglo XVIII, le fue encargado al padre José Arlegui –franciscano de origen vasco establecido hacia 1717 en el colegio de Zacatecas, que escribiera la crónica de la Provincia de San Francisco. Dada su importancia, ésta fue publicada en la ciudad de México en el año de 1737. Arlegui recogió informes sobre muchas regiones y entre otras cosas afirmó, citando al franciscano Antonio Salduendo, quien misionó como pionero en Coahuila por el año de 1606, que había cíbolos “en el reino de León y en el de Vizcaya”, además de ubicarlos en otras grandes áreas conocidas que él definió como “adelante de Chihuahua y en toda la tierra adentro”. Dijo que se trataba de una especie de animales, “que no sé ni he oído decir los haya en otra parte del mundo, porque ni en lo que he leído he hallado tal especie, ni entre la variedad de animales que los buriles romanos nos muestran, los he advertido”.

Agregó, que por allá los llamaban cíbolos y que eran muchísimos. Afirmaba que eran animales “equivalentes a los toros” por su tamaño, su “pie hendido”, su casi mismo sabor, y su ferocidad y ligereza. Agradecido con ellos, dijo que su piel poseía una “crecida y amorosa lana”, con la que los indios hacían cobertores para el invierno que, para él, eran más efectivos que las mejores mantas de Palencia. Por último, refirió una anécdota curiosa e interesante: que él había visto a dos cíbolos entrar en Zacatecas jalando una carreta, a los que después vio sueltos por el campo “hermanándose mucho con la compañía de los bueyes”. Dijo, al respecto, que le habían asegurado que se juntaban con las vacas, las que concebían y parían “unos como mistos de toro y cíbolo”.<sup>10</sup>



Por esos mismos años, Antonio Ladrón de Guevara, quien había sido procurador del Ayuntamiento de Monterrey en 1733 y era un

<sup>10</sup> José Arlegui, *Crónica de la provincia de nuestro seráfico padre San Francisco de Zacatecas*, México, Bernardo de Hoyal, 1737, edición reimpressa en México por Ignacio Cumplido, 1851, p. 130-131.

constante explorador de la costa del golfo de México, dio a conocer por 1739 *Noticias sobre los poblados del Nuevo Reino de León, Provincia de Coahuila, Nueva Extremadura y la de Texas*. En este libro, y a diferencia del de Arlegui, su autor sólo mencionó a la Provincia de los Texas como el lugar, entre todos los que incluía en su escrito, que poseía abundantes cibolos, a los que describió como un “género de ganado cimarrón o especie de vaca silvestre”, cuyas manteca y carne, dijo escuetamente, servían para alimento.<sup>11</sup>

Por su parte, en el año de 1719, el gobernador de Nuevo México, Antonio Valverde y Cosío, de visita en las rancherías de los apaches cerca del río “Napestle” –identificado ahora como el río Arkansas– vio en sus valles cercanos tantas y tan magníficas manadas de cibolos que lo consignó maravillado en una carta al virrey marqués de Valero, diciendo que, “a la distancia, parecían ser bosques”.<sup>12</sup>

### *Los que viven lejos de “las cibolas” y “los búfalos”*

Durante cerca de once años, entre 1756 y 1767, el jesuita alemán Ignaz Pfefferkorn misionó en la entonces extensa provincia de Sonora y escribió sus impresiones tres décadas después, en un libro muy útil para la historia de las actuales Sonora y Arizona. En él se ocupó de los conocimientos de sus gentes en cuestiones de medicina, de la historia natural de aquella tierra, así como de muchos pormenores de las costumbres y la religión de sus habitantes. Por supuesto, no dejó de mencionar a “los cíbulos o cíboros”, que ubicó al noreste, “en las regiones inhabitadas que bordean las montañas de los apaches”, animales a los que describió como “una clase de ganado salvaje”, al que, según él, algunos llamaban “buey de los bosques”. En cuanto a sus características –pelo, cuernos, tamaño, joroba– da la impresión de repetir lo que otros ya habían dicho, si bien, destacan en su caso dos cosas: el asignarles un color “café rojizo” y la certidumbre de que eran tan salvajes, “que nunca podrían ser domesticados ni entrenados para el trabajo”.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> Antonio Ladrón de Guevara, *Noticia de los Poblados del Nuevo Reino de León, Provincia de Coahuila, Nueva Extremadura y la de Texas* (1739), Monterrey, Tecnológico de Monterrey, 1979, p. 37.

<sup>12</sup> *Pichardo's Treatise on the limits...*, v. 1, p. 191-192.

<sup>13</sup> Ignaz Pfefferkorn, s.j., *Beschreibung der Landschaft Sonora samt andern merkwürdigen Nachrichten von den inneren Theilen Neu-Spaniens und Reise aus Amerika bis in Deutschland*, Köln am Rheine, 1794-95, 2 v., en *Sonora. A description of the Province*, Foreword by Bernard L.



En esa misma región, ocupada por los franciscanos tras la expulsión de los jesuitas en 1767, destaca la presencia de fray Francisco Garcés, oriundo de la provincia de Aragón. Desde que este había llegado a la Nueva España, en 1763, sirvió en el Colegio de Santa Cruz de Querétaro, de donde partió a las misiones sonorenses. En aquellos años hizo muchos viajes de exploración por el sur de California, el noreste de la Baja California, el norte de Sonora y por los desiertos de Colorado y Mojave. Algunas de estas expediciones alcanzaron cierta fama, como la de 1774 que llevó a cabo con el militar Juan Bautista de Anza, o las realizadas entre 1775 y el año siguiente, de las que dejó escrito un interesante diario. Para los objetos de esta historia, este no deja de ser importante, aunque en él se hubiera referido muy poco a las “cíbolas.”

La sola mención de que en la ranhería de los yavipais –ubicada entre los ríos Gila y Colorado– lo “hicieron participante” de una comida en la que hubo carne de “cíbola” y de res cimarrona “que habían muerto” los indios, nos indica que en la región vagaba un buen número de ganado bovino que crecía agreste y sin dueño. Contó también fray Francisco que a dos leguas de camino tenían una cueva donde los indios guardaban carne de “cíbola” y de burro,<sup>14</sup> consiguiendo la primera en cacerías colectivas que implicaban un alejamiento de varios meses de sus territorios.



Algo similar ocurría en las norteñas tierras que disputaban Francia e Inglaterra. Un británico llamado John Long, que llegó a Montreal en el año de 1768 para emplearse en el tráfico de pieles, dejó escrito un diario muy interesante sobre su experiencia, que incluyó,

---

Fontana, translated and annotated by Theodore E. Treutlein, Tucson, The University of Arizona Press, 1989, p. 102.

<sup>14</sup> Fray Francisco Garcés, *Diario de exploraciones en Arizona y California en los años de 1775-1776*, México, UNAM, IHH, 1968, p. 77-78.

además de los episodios de los primeros siete años en ese negocio, los avatares del contacto con los nativos asentados en los alrededores del lago Superior, precisamente en el lago Nipigon a donde fue enviado.<sup>15</sup> En su escrito describió muchos pueblos, habitantes, lenguas y costumbres. En cuanto a la nación cocknawaga, que se hallaba a nueve millas de Montreal, señaló que sus tierras de caza estaban en los Estados Unidos, a una distancia bastante considerable, y que allá sólo obtenían pieles de castor y de ciervo, que, por cierto, cada vez encontraban menos, a causa de los poblamientos de la región. Las cargas de pieles que ellos comerciaban en Montreal disminuían por que, según él, los indios ya no se ocupaban de la caza como antes, al tiempo que se contaban con los dedos a los buenos cazadores.<sup>16</sup>

John Long era consciente del daño que provocaba en los indígenas el ron, pero como buen traficante de pieles lo llevaba siempre en sus embarcaciones. Escribió, a propósito, que esa bebida llegaba en avalancha en los barcos que venían de las Antillas y agregó que mientras los “buenos amos blancos” hacían con él enormes fortunas, “las tribus indígenas del norte” comenzaron su envilecimiento. Para la historia de las palabras que fueron usadas para designar a los bisontes a lo largo del tiempo, el escrito de John Long es, asimismo, valioso. Él ya los llamó *buffaloes*,<sup>17</sup> siendo éste el nombre menos imaginativo de todos los que ese bello animal ha poseído y el de más arraigo en el mundo angloparlante de la América Septentrional, cuyos intereses se impusieron también desde entonces, para que indios y “búfalos” dejaran libre el paso a la colonización y a los nuevos propietarios.

### *Una “cibola” en los jardines de Aranjuez*

Siendo las “cíbulas” animales tan extravagantes para la mentalidad europea no podían faltar en las colecciones privadas de los monarcas

<sup>15</sup> A partir del año de 1763 el lago Nipigon se había vuelto una posesión inglesa.

<sup>16</sup> John Long, *Trafficant et interprète des langues indiennes. Voyages chez différents nations sauvages de l’Amérique septentrionale 1768-1787*, París, A. M. Métaillé, 1980, p. 30-31. La primera edición de este diario fue en Londres, en 1791 e inmediatamente fue traducido al francés y al alemán.

<sup>17</sup> Según *The American Heritage Dictionary of the English Language*, editado por primera vez en Boston en 1969 y que puede ser consultado en la Internet, el uso del término búfalo para referirse a los bisontes americanos data de 1635.

españoles, para quienes eran un atributo más de su esplendor y de su poder. En especial la dinastía borbónica “tenía un hábito arraigado en todo tipo de consumo suntuario, de prestigio y de fascinación por lo exótico”, destinando sus palacios de Aranjuez y San Ildefonso—donde pasaban la primavera y el verano— para admirar y presumir a los animales que les enviaban, sobre todo, de sus colonias de Ultramar.<sup>18</sup> Tapires, venados buras, guacamayas, flamencos, monos y, por supuesto, cíbolos, fueron algunos de los variados animales que formaron parte del repertorio zoológico que funcionarios de alto y de bajo rango destinados para los asuntos de América o de Filipinas, embarcaron vivos como expreso regalo para Carlos III. En el caso de los que llevaron de la Nueva España tuvo que ver varias veces en ello el virrey de Croix, apoyado por factores, gobernadores, capitanes de marina o simples empleados, encantados los más de participar en esa arriesgada y enorme tarea de complacer a su monarca.

En el año de 1770 el marqués de Croix gestionó, en tanto máxima autoridad del reino, el embarco en Veracruz en el mes de abril “de uno de los cargamentos de animales más importantes que se habían hecho hasta entonces: una pareja de cíbolos, un cachorro de “tigre”, un águila, un tepexcuintle, diez pájaros flamencos y cinco cigüeñas “sargento”.<sup>19</sup> Los avatares de esa aventura están en la documentación que todo eso provocó y que resguarda el Archivo General de Indias en Sevilla,<sup>20</sup> incluidas las recomendaciones de embarco en el navío *España* y la alimentación y cuidados durante la travesía. De todos esos animales solamente el “tigre”, dos flamencos y los dos cíbolos llegaron con vida a Cádiz en el mes de julio, de los cuales sobrevivieron la hembra de cíbolo y el cachorro ¿de ocelote?, que hicieron el trayecto final a Madrid y de ahí a Aranjuez a donde llegaron en el mes de octubre.

Las instrucciones para transportar a los cíbolos durante la travesía eran muy precisas. Tenían que sujetarlos con un arnés durante todo el trayecto y con él debían ser desembarcados; podían comer maíz, cebada o forraje y, finalmente, era necesario que bebieran mucha agua y que fueran bañados constantemente, de ser necesario

<sup>18</sup> Carlos Gómez Centurión-Jiménez, “Curiosidades vivas. Los animales de América y Filipinas en la *Menagerie* real durante el siglo XVIII”, *Anuario de Estudios Americanos*, n. 66, Sevilla, 2009, p. 183.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 206-207.

<sup>20</sup> AGI, *Indiferente*, 1549.

incluso con agua de mar. Lo más seguro es que algunos de estos buenos deseos no pudieron llevarse a cabo y que las fatigas del viaje llevaran a la muerte al macho, a pesar de que ambos iban atendidos por su anterior dueño. Además, se trataba de un par muy especial de bisontes, ya que habían sido “domesticados” desde pequeños. De esto dio cuenta el virrey de Croix en un comunicado, apuntando que cuando tuvo noticia de esta pareja de animales, pensó en obsequiarlos a Su Majestad, “por haberme parecido dignos de algún aprecio en este reino, mayormente cuando su mansedumbre es tal, que hasta mi recámara han entrado sin la menor violencia siguiendo al hombre que los cuida”.<sup>21</sup>

La hembra sobrevivió pocos años pues murió el año de 1774. Fue aludida por Juan Antonio Álvarez de Quindós en *Descripción histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez* (1804), donde escribió que “él alcanzaba a recordar la presencia de una cíbola procedente de México”. Naturalistas y curiosos fueron a conocerla y propusieron al monarca la idea de introducir la especie en España, argumentando que su carne tenía mejor sabor que la de los bueyes europeos, que el animal era más fuerte que éstos y que se podían obtener beneficios con su lana. Pedro Estala, editor madrileño del conde de Buffon, escribió, a propósito, en el tomo XIII del *Compendio de la Historia Natural*, que durante el gobierno del virrey Martín de Yorga, sucedido en Nueva España entre los años de 1779 y 1783, fue contemplada la idea de mandar un rebaño de cíbolos que diera pie a su reproducción,<sup>22</sup> proyecto del que no se volvió a saber nada.

En todo caso, este mismo señor Estala pensaba que en vez de guacamayos o titíes, los monarcas debieron haber introducido vicuñas, llamas, alpacas, guanacos o cíbolos, según él para compensar todo lo que España había dado al Nuevo Mundo en “gente, ganados y semillas”. Lo que entonces no mencionó este naturalista es lo que España todavía debía para “compensar” a los americanos por los tres siglos de explotación, por citar alguna, de su oro, de su plata y de su mano de obra, que a la metrópoli la hizo momentáneamente grande, pero a la postre no tan independiente como eran los cíbolos del Septentrión de América.

<sup>21</sup> Carlos Gómez-Centurión Jiménez, *op. cit.*, p. 201.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p 202.

*Los naturalistas y los bisontes*

Durante el siglo XVIII francés y con la renovación ilustrada en la clasificación científica de la historia de las plantas, animales y minerales, volvieron las discusiones sobre los uros (“aurochs” o “toros salvajes”) y los bisontes, en cuanto a que los primeros estuvieran o no en el origen de los segundos. Por ejemplo, el naturalista francés Jacques Christophe Valmont de Bomare creía que ambos eran variedades de una misma especie y, científicamente, lo clasificó como *Bos Juvatus*, porque para él, era una “especie de buey... con una joroba sobre la espalda”.<sup>23</sup>

Para su interés científico nada mejor que haber conocido y examinado un macho de bisonte americano vivo, exhibido en París en el año de 1769, que había sido capturado seis años antes en la región norte del río Mississippi, de donde lo llevaron a Holanda, lugar en el que su propietario lo había encerrado en una fuerte jaula de madera posada sobre cuatro ruedas tiradas por caballos. Su vista no hacía más que proporcionarle asombro y admiración, como bien lo registró en sus páginas. Anotó, además de sus medidas y sus señas generales, todas las referencias que le dio el hombre que lo exhibía, como la de que antes de ser embarcado había montado a dos hembras propiedad del gobernador del lugar; la de que esos animales todavía iban a los bosques en grupos de 10 o 20 individuos uno detrás de otro, y la errónea apreciación de que las hembras eran más grandes que los machos. No faltaron tampoco los datos de que su carne era muy buena y “excelente el gusto de su grasa”; el de que corrían muy rápido; el que aseguraba que lanzaban hacia atrás todas las piedras que encontraban cuando eran perseguidos, y el de que “en ciertas circunstancias”, lograban ser fuertes, corajudos y feroces.<sup>24</sup>

Valmont de Bomare también perpetuó la idea de que era muy difícil reducir su instinto natural, que eran “infinitamente menos brutos que nuestros bueyes domésticos”, y que los que lo capturaron y embarcaron pasaron muchos peligros, ya que aunado a que se negaba a caminar y “se esforzaba por maltratar a sus conductores”,

<sup>23</sup> J. C. Valmont de Bomare (1731-1807), *Dictionnaire Universel d'histoire naturelle, contenant l'histoire des animaux, des végétaux et des minéraux*, Paris, Chez Brunet, 1774, t. 1, p. 566-68.

<sup>24</sup> *Ibid.*

se habían visto en la necesidad de enjaularlo. Nuestro naturalista, sin embargo, lo que vio y describió, fue a un animal que una vez cautivo, había “marchitado su carácter petulante”, por la necesidad, los malos tratos y la esclavitud. Le parecía percibir que, a pesar de todo, tenía momentos de inteligencia, docilidad y educación; que era sensible a la voz y al aspecto de “su amo”; y que cuando la naturaleza “le hacía sentir la efervescencia del celo”, mugía lamentablemente, o, de repente, rugía, según él, “un poco a la manera del león”, esforzándose por romper sus ligas y dando cabezazos con unos cuernos ya mutilados por ese vano esfuerzo.

A pesar de esas tristes circunstancias, Valmont de Bomare fue capaz de constatar, que se trataba de un “cuadrúpedo colosal”, que aunque “parecía no ofrecer más que deformidades y monstruosidades”, era un animal “de una belleza sorprendente”, con esa cabeza –gruesa en proporción al cuerpo– con un “volumen prodigioso” a causa del pelo, que le daba “el aspecto noble e imponente del león”. Señaló, por último, que “los salvajes” lo nombraban *Muthufufa*, mientras los franceses, le decían *Boeuf Illinois*, porque, dijo, las praderas de ese país, estaban cubiertas por esos “bueyes con joroba”.<sup>25</sup>



Otra opinión al respecto fue la del famoso y polémico investigador Georges Louis Leclerc, mejor conocido como el conde de Buffon, cuya *Histoire Naturelle*,<sup>26</sup> fue considerada como una de las obras más leídas, discutidas y comentadas en los salones de la Francia ilustrada. Para realizar esta magna obra Buffon contó con muchos colaboradores. También para él fue novedad el bisonte vivo que llegó prisionero a París en el año de 1769. En su capítulo relativo a *Los bisontes, los cebúes y los búfalos*, se refirió al enjaulado, aclarando antes que bueyes

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 569.

<sup>26</sup> La primera edición constó de 15 volúmenes y apareció entre 1749 y 1767. Para el año de 1788 ya había escrito 36 volúmenes y se habían hecho varias ediciones de la obra. Después de su muerte aparecieron 8 volúmenes adicionales publicados por su discípulo Bernard Germain de Lapeyère. Durante el siglo siguiente, esto es, el XIX, continuaron las ediciones y traducciones de la obra.

y bisontes eran dos razas diferentes,<sup>27</sup> aunque de la misma especie,<sup>28</sup> y que los segundos eran distintos de los primeros, no sólo por la joroba, sino también por la cantidad, calidad y largo de su pelo.<sup>29</sup> Se refirió a los mismos pormenores que dio Valmont de Bomare sobre cómo el ejemplar enjaulado había llegado a Europa, aunque sin mencionar, como lo hizo éste, la terrible condición del cautivo y la insensibilidad que implicaba ese encierro.

Buffon añadió algunos datos nuevos, por ejemplo que el empresario que lo exhibía era suizo; que el animal nunca salía de la jaula, y que lo tenían amarrado de la cabeza con cuatro cuerdas, “que se la tenían estrechamente sujeta”. Fue un poco más detallista al describir su composición física, y los tipos de lana que envolvían algunas partes de su cuerpo, dependiendo de la estación del año. Se nota, por su lenguaje, que conocía lo que habían dicho ya algunos viajeros, sobre su color, largo y calidad de su pelo y a su giba. También pudo apreciar que ese ejemplar prisionero “no era feroz”, y que se dejaba tocar y acariciar por los que lo cuidaban y asentó, a diferencia de Valmont de Bomare quien lo oyó rugir como león, que no hacía oír nunca su voz, ni se quejaba, aun cuando le causaran algún dolor vivo, asegurando, según él, que era mudo, porque así lo decía “su amo”.<sup>30</sup>

El conde no sólo afirmó que uros y bisontes eran diferentes, sino que agregó lo dicho por el naturalista, químico y médico alemán Johan Friedrich Gmelin, a quien citó en ese momento, de que los bisontes eran de la misma especie que la *vaca de Tartaria o vaca que gruñe* (hoy yak).<sup>31</sup> Buffon pensaba que ambos eran muy parecidos y creía que aunque no había oído al bisonte expresarse, su voz se hubiera desarrollado como un gruñido “o por cantos entrecortados, si gozara de su libertad y de la preferencia de una hembra que lo excitara para el amor”.<sup>32</sup>

<sup>27</sup> Hoy, en vez de “raza”, decimos “especie”.

<sup>28</sup> Hoy, en vez de “especie”, decimos “género”.

<sup>29</sup> Georges Louis Leclerc, M. Le Comte de Buffon (1707-1788), *Histoire Naturelle, générale et particulière, Supplément au tome troisième*, t. XI, a París, Imprimerie Royale, MDCCCLXXVI (1776), p. 57. Ver el capítulo “La imagen extranjera de los bisontes americanos”, en donde comento una de las representaciones gráficas de bisonte que ofreció en ese Suplemento.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 58-59.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 58.

<sup>32</sup> Para la historia de la ciencia, es importante la tesis de Gmelin, ya que actualmente los estudios de filogenética molecular entre los bovinos han diferenciado tres grupos o clados: uno que incluye al buey doméstico, al zebú y al bisonte europeo; otro que incorpora al yak y al bisonte americano, y un tercero, que contiene al kouprey, al banteng y al gaur. Ver A.

También nombró a los bisontes “bueyes con joroba” y sin marcar diferencias entre los bisontes europeos, los americanos y los cebúes –estos últimos le parecían “diminutivos de bisonte”–, suponía que esos “bueyes con joroba”, se podrían haber extendido desde Madagascar hasta la punta de África, y desde la extremidad de las Indias Orientales hasta Siberia, pasando también “al otro continente, hasta Illinois y la Luisiana, e incluso hasta México”. Le sorprendía que no los hubiera más abajo del Istmo de Panamá, tierras en las que, dijo, por causa de su clima, los bueyes de Europa se habían multiplicado “mejor que en otra parte del mundo”.<sup>33</sup>

La *Historia Natural* de Buffon no está, sin embargo, exenta de contradicciones. En el suplemento al tomo sexto, publicado desde 1782, en su apartado que llamó “Del aurochs y del bisonte”, dijo, sin recordar quizás lo que había escrito, que uros y bisontes no eran diferentes.<sup>34</sup> Este ir y venir en el asunto fue bien notado por el novohispano Francisco Xavier Clavijero quien en sus *Disertaciones*, publicadas por primera vez en italiano en 1780-1781, mencionó entre la fauna americana a “los bisontes llamados en México cíbolos”, señalando, en abierta polémica con Buffon, que este naturalista francés algunas veces creía que eran de la misma especie que los toros comunes, y otras lo dudaba.<sup>35</sup>



Uno de los más cercanos colaboradores de Buffon, el médico y zoólogo Louis Jean-Marie Daubenton, fue encargado por el primero para preparar las descripciones de 182 especies de cuadrúpedos para la *Histoire Naturelle*. Ambos estudiaron las afinidades de los animales comparando sus estructuras anatómicas y llegaron a la

---

Hassanin y A. Ropiquet, “Molecular phylogeny of the tribe Bovini (Bovidae, Bovinae) and taxonomic status of the Kouprey, *Bossauveli Urbain 1937*”, en *Molecular Phylogenetic and Evolution*, n. 33, 2004, p. 896-907.

<sup>33</sup> Georges Louis Leclerc, M. Le Comte de Buffon, *op. cit.*, p. 60-62.

<sup>34</sup> G. L. Leclerc, M. Le Comte de Buffon, *op. cit.*, p. 45-46.

<sup>35</sup> Francisco Xavier Clavijero, *Historia Antigua de México*, México, Porrúa, 1979, p. 480. Primera edición, Cesena, Italia, G. Biasiani, 1780-1781.

conclusión que las distintas especies actuales descendían de un antepasado común más perfecto.<sup>36</sup> El segundo, Daubenton, quien fue luego invitado a escribir en la nueva Enciclopedia, pensaba que por común acuerdo toda Europa miraba a la historia de Buffon como una de las mejores obras de ese siglo y por eso le parecía superfluo “abrir nuevos caminos”. Sin embargo, dijo, asimismo, que aunque había escrito su texto “con arreglo a la del conde de Buffon”, introdujo modificaciones de acuerdo a la forma que prescribía el plan general de la obra.

Se refirió al término *Visen*, como la palabra que usaban los antiguos germanos para nombrar al bisonte. Definió a éstos, como una “casta de bueyes con corcova, algunos silvestres y otros domésticos” que, según él, se hallaban en las regiones de África, en la mayor parte de las del Asia y también en el norte de América, lugar donde, aclaró, “le llaman cíbolo”. Claramente confundido con el animal que trataba de clasificar, agregó más adelante, y citando a Antonio de Solís, que sólo había “Toro de México” en la parte septentrional de América.

Daubenton dedicó más líneas a los bisontes en el extenso artículo que dedicó al buey. Pensaba que los bueyes silvestres, los domésticos, los de Europa, de Asia, África y América, incluidos el “aurochs”, el bisonte y el yak, eran animales de “una misma especie” que tenían todas esas variedades por los climas, los alimentos y los tratamientos diversos de que eran objeto y que provenían de un ancestro común que era el “auroch”.<sup>37</sup>

Con respecto a los “bueyes silvestres o bisontes de América”, se permitía dudar de que hubieran salido de los bueyes de Europa, porque, dijo, se diferenciaban en muchos puntos, como la joroba, las piernas más cortas, la cabeza y el cuello cubiertos de pelo más largo, más suave que la lana y más crespo en la zona del lomo. “Nos creemos, dijo, en posesión de decir que nuestro buey es un animal propio del antiguo continente, y que no existía en el nuevo antes de su descubrimiento”.<sup>38</sup> Añadió esto en su capítulo referido a los ani-

<sup>36</sup> *Encyclopaedia Britannica*, Chicago, The University of Chicago, 1985 y *Enciclopedia Hispánica*, dependiente de la Enciclopedia Británica, Barcelona-México, 1990.

<sup>37</sup> Louis Jean-Marie Daubenton (1716-1800), *Enciclopedia Metódica dispuesta por orden de materias, Historia Natural de los animales, Los Cuadrúpedos*, traducida del francés al castellano por Gregorio Manuel Sanz y Chañas, Madrid, Librería de Antonio de Sancha, 1788, t. 1, p. 21-29, 234 y 284.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 234.

males de ese Nuevo Mundo y estaba persuadido de que las vacas de Tartaria, “no eran otra cosa que bisontes o cíbolos” y señaló, con respecto a la voz cíbolo, que “así se llama en América el bisonte o buey con corcova”.<sup>39</sup>



Es el turno del jesuita novohispano Francisco Xavier Clavijero, quien después de la expulsión de su orden en 1767 y luego de muchas vueltas e incertidumbres a propósito del país y la ciudad que los acogería en el exilio, se había instalado finalmente en Bologna, Italia, donde se dedicó a escribir sus historias de México y la Baja California. Sus afanes científicos lo habían llevado a leer, entre otros, a Valmont de Bomare, a Buffon y a Daubenton, de los que, posiblemente, tomó el término de “bisonte”, siendo él el primer americano que lo incorporó a su léxico. Cuando se refirió a los cuadrúpedos mexicanos en su *Storia antica del Messico* señaló que no mencionaba a los bisontes, a los renos, ni a los alces, porque consideraba que “no se criaban en las tierras del imperio mexicano, sino en los países más septentrionales”.<sup>40</sup>

Fue en sus *Disertaciones*, añadidas a su *Historia*, donde se refirió a la fauna americana, señalando que en ese continente no había caballos, burros ni toros. Aclaró en nota a pie que cuando él decía que no había toros en América se refería a la raza común que se empleaba en agricultura, ya que, dijo, había “cíbolos”, que habían llegado de Asia. A estos se refirió vagamente a partir de lo que leyó en las crónicas de los siglos anteriores, diciendo que, en cuanto a su tamaño, eran “corrientemente iguales a los toros comunes de Europa y algunas veces les exceden en tamaño”. Sugirió a sus lectores que para darse una mejor idea del cuadrúpedo más grande del continente americano vieran la descripción de un cíbolo vivo que había medido Bomare en París.<sup>41</sup>

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 279 y 70.

<sup>40</sup> Francisco Xavier Clavijero, *Historia antigua de México*, México, Porrúa, 1945, t. I, p. 65. Dijo aquí que la medición fue en el año de 1779, si bien ésta sucedió diez años antes.

<sup>41</sup> Francisco Xavier Clavijero, *Ibid.*, t. IV, p. 157-158.

En clara polémica con los que denigraban lo americano, Clavijero asentó, que “si algunos Buffones y Daubentones fuesen al Nuevo Mundo, se podrían contar muchas más especies de cuadrúpedos”.<sup>42</sup> Le molestaba, sobre todo, el desconocimiento de estos sobre la fauna mexicana. Fue así que reunió un catálogo sobre los cuadrúpedos de América, que dividió en tres partes: en la primera anotó todas las especies reconocidas y admitidas por el conde de Buffon; en la segunda se dedicó a aclarar las especies americanas que este había confundido con otras distintas, y en la tercera anotó las que el sabio francés había “ignorado injustamente” como el coyote, o el perro de Cíbola, por mencionar algunos. Fue precisamente en la primera parte donde incluyó al “bisonte o toro jorobado, llamado en el reino de México cíbolo”,<sup>43</sup> reproduciendo las medidas del animal que dio Valmont de Bomare y señalando, en general, que había “una innumerable multitud” de ellos en la zona templada de la América Septentrional.



Otros ilustrados también aludieron a los bisontes americanos. François Marie Arouet, mejor conocido como Voltaire, escribió en el discurso preliminar a su *Ensayo sobre las costumbres*, en su versión de 1765, que en América no había perros, ni gatos, ni otros animales domésticos “de los más ordinarios”, si bien, puntualizó, que tenían “bueyes”, a los que describió parecidos en algo a los “búfalos” y en algo a los camellos, aunque “con un carácter monstruoso y feroz”. Por su parte, el francés La Douceur, que se encargó de engrandecer al Nuevo Mundo en contra de Robertson, Buffon y De Paw, en su libro *De L'Amérique et des Américains* (1772), señaló que los “bueyes salvajes” eran tan corpulentos como los ingleses, y por último, los naturalistas William Robertson en su *Historia de América* (1792), y Cornelius De Paw en *Recherches philosophiques sur les Américains* (1771), compartieron la certidumbre de que los naturales de la América

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 149

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 204.

Septentrional, no fueron capaces de domesticar a los “bueyes salvajes”, ignorando que en los países del centro de Europa donde había bisontes sus habitantes tampoco los habían domesticado. El primero, desde su mundo urbano, o más bien desde su gabinete de investigación, agregó que “los salvajes” no tenían animales domésticos por su culpa, ya que nunca lograron el sometimiento de su “ganado”.<sup>44</sup>

*Las “ciboladas” o la contienda entre nativos y colonizadores*

Los bisontes podían escasear, igualmente, a causa de las sequías, como la que padecieron los comanches cuchantica en el otoño de 1787 que los dejó por más de siete meses sin pieles para comerciar. El control de las manadas de bisontes llevó a la guerra permanente entre apaches lipanes, o apaches mescaleros, contra comanches y otras naciones del norte. En varias ocasiones escoltas de soldados españoles de los presidios salieron a proteger a los mescaleros cuando iban “a carnear” a tierras que pertenecían a los comanches. Para el virrey Revillagigedo eso afectaba su iniciativa de aliarse con el mayor número posible de naciones indígenas, por lo que prohibió esas guardias “para sus carneadas de cíbolo”, no admitiendo, tampoco, ningún ataque a los comanches, que eran, dijo, “una nación amiga”.<sup>45</sup>

Su nomadismo, o seminomadismo, estaba fuertemente emparentado con los constantes movimientos de estos animales, indispensables para su dieta, vestido, habitación y utensilios, pero también para sus rituales religiosos y para su diversión, donde podían demostrar su pericia como cazadores, su enorme valor y su destreza. Al mismo tiempo, la guerra estaba siempre presente como posibilidad, porque formaba parte de su vida, de su fuerza espiritual, y de su conquista de honor y de reconocimiento entre los suyos y entre los mismos enemigos.

<sup>44</sup> Citados todos ellos por Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982 (primera edición en italiano, 1955), p. 58, 132, 210 y 505.

<sup>45</sup> AGN, *Provincias Internas*, “Correspondencia entre el comandante general y el virrey sobre escolta dada a los Mescaleros para la caza del cíbolo y encuentro de estos con los Comanches”, v. 224, exp. 1, f. 1-22.



Trashumantes eran, pues, las naciones comanches, de las que el comerciante gaditano de origen irlandés Pedro Alonso O’Crouley escribió que eran bárbaros y belicosos y que todos los años incurSIONaban por cierto tiempo en la provincia de Nuevo México. Agregó que su número nunca bajaba de 1 500; que siempre andaban “en forma de batalla por tener guerra con todas las naciones”; y que acampaban en cualquier paraje, armando sus tiendas hechas de pieles de cíbolo, transportadas por unos perros grandes que criaban para ello. Según O’Crouley, en esos campamentos se dedicaban a comerciar gamuzas, pieles de cíbolo y cautivos de poca edad, y sólo se iban de ahí una vez terminados sus negocios.<sup>46</sup>

Este viajero, que visitó en varias ocasiones la Nueva España entre 1764 y 1774, no sólo acumuló testimonios, libros, estadísticas e ilustraciones, sino también alguna pieza arqueológica para su famosa colección de arte, a la que se dedicaría a su regreso a la Península. Su manuscrito, firmado en 1774, permaneció inédito durante dos siglos. En él define la fauna novohispana, concretamente a los cíbolos, como “una especie de bueyes silvestres bastante feos, astas corvas y cortas, lomo levantado a modo de los camellos, pero [del que] se estiman las pieles por la lana poblada y fina”.<sup>47</sup>



El comercio y los largos viajes para ir de cacería también se manifestaron en tierras texanas a lo largo del siglo XVIII. Las referencias a la nación de los assinais –o “indios Texas” como los llamaban los españoles– y su relación con los cíbolos, la podemos encontrar en varias crónicas, sobre todo escritas por religiosos que se aventuraron a esa región. En otro capítulo he dado cuenta de las aventuras del

<sup>46</sup> Biblioteca Nacional de Madrid, Ms., 4532, Pedro Alonso O’Crouley, *Ydea compendiosa del Reyno de Nueva España*, 1774, fojas 23 y 24. El manuscrito contiene varias imágenes.

<sup>47</sup> La imagen que, según él, corresponde al “cíbolo”, puede verse en el capítulo “La representación europea del bisonte americano”.

franciscano Isidro Félix Espinosa.<sup>48</sup> Ahora, me referiré a la impresión del asturiano fray Juan Agustín de Morfi, miembro de la orden de San Francisco y residente en el convento grande de México, quien se incorporó al séquito del Comandante General de las Provincias Internas, Teodoro de Croix, desde el año de 1777. En su *Relación Geográfica e Histórica de la Provincia de Texas o Nuevas Filipinas*, se maravilló de cómo los habitantes originarios construían sus casas redondas “muy abrigadas”, y alabó sus camas, “sobre las que tendían cueros de cíbolo que les sirven de colchón”, que le merecieron el calificativo de “nada malos”.

Le parecía que las naciones asentadas en esa extensa área, –listó a “assinais, nacogdoches, navedachos y cadoachos”– eran “mansos, apacibles y joviales”, y fue testigo de que gracias a su astucia y del auxilio de su espléndida caballada y de sus fusiles, “salían a sus tiempos a carnear”, para proveerse de cíbolo y de venado, y de manteca de oso para condimentar sus alimentos.<sup>49</sup> El mismo padre Morfi, en otro relato en el que narró sus experiencias en la región atravesada por el río de las Nueces, admiró los llanos inmensos cubiertos por “buenos pastos”, en los que, dijo, asombraban las numerosísimas “mesteñadas caballar y vacuna”. Tan sólo en cuanto a los caballos salvajes se refiere, llegó a ver en un día una manada de más de 10 000 cabezas, aunque mencionó que eran muchas más las de bovinos silvestres. No hacía más de un siglo que los españoles habían introducido ese ganado, que se reprodujo agreste y cimarrón en enorme número, del que, señaló Morfi, a pesar de su abundancia “no eran tan perseguido ni por los indios, ni por los españoles”,<sup>50</sup> porque, a pesar de todo, la carne preferida era la de los cíbolos.



<sup>48</sup> Ver el capítulo “*Tanaha* o la viva imagen del demonio delicioso”.

<sup>49</sup> Guadalupe Curiel Defossé, [Juan Agustín Morfi], “*Relación Geográfica e Histórica de la Provincia de Texas o Nuevas Filipinas: 1673-1779*”. Un manuscrito del Archivo Franciscano de la Biblioteca Nacional”, *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas* (UNAM), v. 12, n. 1-2, p. 36 y 37.

<sup>50</sup> Fray Juan Agustín de Morfi, *Viaje de indios y diario del Nuevo México, 1777-1778*, México, Bibliófilos Mexicanos, 1935, p. 165. Aunque la crónica lleva ese título, se refiere también al viaje que Morfi hizo desde la ciudad de México hasta Texas.

Que los ćbolos empezaran a escasear en la regi3n texana para fines del siglo XVIII, era una noticia que no conoca la gran mayoría de los habitantes del reino de la Nueva Espa1a. En muchas historias y en no pocos discursos oficiales, seguían aludiendo a “su abundancia en los montes de Texas”, tal como lo informaba a la corona el propio virrey conde de Revillagigedo por el a1o de 1793.<sup>51</sup> El paisaje que vieron los primeros europeos haba cambiado notablemente gracias a los colonos y a sus costumbres. El comercio de pieles –incluidas, por supuesto, las de ćbolo– involucraban ahora a una buena cantidad de los habitantes originales y de los forasteros, no s3lo en Texas y Nuevo M3xico, sino en Nueva Francia y Nueva Inglaterra. Los extranjeros que se dedicaban a esa actividad descubrieron, tambi3n en esa centuria, que podían hacer grandes negocios mercantiles con otras dos cosas que provenían de los mismos bisontes y que caracterizaron a la especulaci3n, en aquel fin de siglo y en el inicio y devenir del que le sigui3.

Me refiero, por un lado, al tráfico de sus lenguas, codiciadas por su sabor exquisito, y por el otro al de un preparado con su carne que los indígenas hacían desde tiempo inmemorial, llamado en ese siglo con el nombre generalizado de “pemmican”. Se trata de carne de bisonte rebanada, “que secaban al fuego o al sol, que luego machacaban y mezclaban con grasa, tu3tano y una pasta hecha de una variedad de cerezas astringentes”,<sup>52</sup> para finalmente empacarla en bolsas de cuero que llegaban a contener un poco menos de 50 kilos, con las que, por ejemplo, se podía alimentar un viajero durante dos meses, sin las molestias y dificultades de la caza y del destazado de los animales. Para los forasteros era tan importante este producto que lo intercambiaban por caballos, animales que entre las naciones indígenas no s3lo habían transformado sus h́bitos de hacer la guerra y los de sus recorridos itinerantes, sino que las convirtieron en especialistas en su cría y en su uso h́bil y prestigioso, sobre todo en la veloz persecuci3n y cacería de los ćbolos y, entre otras cosas, en el conocimiento de los territorios don-

<sup>51</sup> Juan Vicente Gúemes Pacheco de Padilla Horcasitas y Aguayo, segundo conde de Revillagigedo, *Informe sobre las misiones -1793- e instrucci3n reservada al marqués de Branciforte -1794-*, introducci3n y notas de Jos3 Bravo Ugarte, M3xico, Jus, 1966, p. 65.

<sup>52</sup> Eric Wolf, *Europa y la gente sin historia*, M3xico, Fondo de Cultura Econ3mica, 1987, p. 222.

de tradicionalmente interactuaban para efectuar el trueque de sus bienes. Éstos, que en su mayoría provenían de la fauna local, tenían entre sus favoritos a los productos de los dadivosos y todavía codiciados bisontes, aunque en los últimos tiempos costara más tiempo y esfuerzo ir en pos de ellos.